

Cristina Kaufmann: búsqueda de Dios y vida consagrada

JOSÉ-DAMIÁN GAITÁN, OCD

Aproximadamente durante los últimos veinte años de su vida, es decir, desde su aparición en la televisión en el año 1984, a Cristina Kaufmann se le pidió con frecuencia una palabra dicha desde su propia experiencia de persona consagrada y buscadora de Dios. De esto ella era bien consciente. Sabía que esta era su mayor riqueza, y, con frecuencia, lo mencionaba a la hora de ponerse a hablar o escribir. Por lo demás, ella fue cada vez más sabedora de que esa era una riqueza que podía y debía compartir con los demás, y, aunque con dudas al principio, procuró no echarse atrás en ese compromiso sobre todo en los últimos años.

Desde 1984 a 2006, año de su muerte, a Cristina se le pidió decir una palabra, escrita o hablada, en diversos ámbitos y a grupos de diferentes niveles y pertenencias sociales y eclesiales. Pero sus principales interlocutores han sido, con frecuencia, religiosos y religiosas; sobre todo carmelitas, pero no sólo.

En los diferentes escritos que nos ha dejado, sin embargo, podemos constatar que lo que a ella le interesa verdaderamente no es tanto la vida religiosa y consagrada considerada en sí misma; ni siquiera, en cierto modo, una vida más monástica y contemplativa; lo que verdaderamente le interesa, y de lo que le gusta hablar, es de Dios y de la búsqueda y la experiencia de Dios por parte de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Este, podríamos decir, que es su monotema. Pero un monotema dicho de forma tan rica, tan densa, y tan verdadera, que, lejos de resultar monótono, se hace atrayente y siempre novedoso.

Sus principales maestros en este camino han sido religiosos, especialmente los santos carmelitas Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, y Edith Stein; pero también ha sabido beber de algunos grandes teólogos y pensadores del siglo XX. A ella le gusta ofrecer su propia lectura vital y para hoy de los mismos. Pero nada de todo esto sustituyó, en su caso, al contacto vivo con la palabra de Dios y las grandes realidades de la fe cristiana. En ellas encuentra el sentido último de toda su vida, de su vocación contemplativa y monástica, y, en el fondo, de toda vida humana. Por eso siente que su mensaje es, y debe ser, universal, es decir, válido para todo hombre y toda mujer de nuestro tiempo, sea cual sea su condición, cultura y edad.

1. UNA VIDA CONSAGRADA VIVIDA APASIONANTEMENTE

Aunque nacida en Suiza, diversas circunstancias de su vida hicieron sentir a Cristina que Dios la llamaba a la vida monástica y contemplativa en España, en el monasterio de Carmelitas Descalzas de Mataró. Allí ingresó en 1964. Y allí murió en el 2006, aunque hacía algunos años, desde el 2001, que había iniciado una experiencia de vida semi-eremítica fuera del monasterio; sin romper sin embargo, por otra parte, su vinculación con el mismo¹.

Primeros pasos en el Carmelo y primeras inquietudes

De lo que fue la experiencia de la hermana Cristina en los primeros años de vida religiosa, ella nos ha dejado, entre otros textos, la siguiente descripción en una conferencia dirigida a otras carmelitas descalzas en el 2005: «Mi idealismo desencarnado se iba desvaneciendo a lo largo de un aprendizaje y noviciado que abarcaba todo, cuerpo, historia, corazón y espíritu. Recuerdo cómo las «terribles noches oscuras» que me produjeron estas cosas, me lanzaban más al

¹ Cf. *Christine Kaufmann. Cristina María de la Divina Gracia. Carmelita Descalza*, Monestir de la Immaculada Concepció, Carmel de Mataró, 2007, 129 p.; C. KAUFMANN, *La transparencia de lo invisible* (I), Barcelona, Editorial Claret, 2008, 15-73.

centro de mi único deseo: seguir a Dios en la llamada que me dirigió y acoger su amor en la forma que él me fuera enseñando. El no comprender, no sintonizar interiormente con esas costumbres y formas de vivir, me parecía que era parte del misterio de Dios mismo. Hoy sé que en todo ello había una profunda equivocación. Era la sacralización de una forma de vivir. Lo que sí formaba parte del misterio de Dios para mí fue el aprender a vivir aquella situación con apertura teologal, fe, esperanza y amor. Dios no lo quería, ni lo permitía, pero sí, me salvaba, me liberaba en aquello. Sé que para mí fueron unos tiempos en que se afianzó en mí la tendencia hacia la unificación de mi persona entera alrededor del propio misterio y la llamada de Dios. Todo esto fue posible gracias al gran amor afectivo y real que me demostraban todas las hermanas desde el primer momento y sobre todo la que entonces era priora y maestra de novicias»².

Sin duda, el monasterio de las Carmelitas Descalzas de Mataró fue quien primero, y por más tiempo, pudo gozar de las riquezas espirituales de la Hermana Cristina. Pronto, en 1973, la eligieron como superiora y formadora. Se puede decir que guió prácticamente dicha comunidad como superiora desde entonces y hasta el año 2001, con excepción del trienio 1986-1989.

Desde aquellos primeros años como superiora en seguida empezó a mostrarse muy activa en la búsqueda de las vías y caminos nuevos por los que en los años postconciliares tendría que ir la vida monástica y contemplativa femenina. De hecho, ya al año siguiente, en noviembre de 1974, participó en Ávila en las Jornadas Nacionales sobre vida monástica femenina, organizadas por la Comisión mixta de obispos y religiosos de la Conferencia Episcopal Española. Desde entonces, y hasta su muerte, participará, casi sin solución de continuidad, en muchos otros encuentros de reflexión en torno a la vida consagrada y, sobre todo, en torno a la vida monástica y contemplativa, tanto fuera como dentro del ámbito carmelitano; y tanto dentro como fuera de España. En los primeros años, principalmente para formarse ella misma. Después, sobre todo para dar su aportación y testimonio más personal y vital.

² C. KAUFMANN, *La fascinación de una presencia*, Madrid, EDE, 2007, 168-169.

Como una superficie rizada por el viento del Espíritu

Todo fue contribuyendo a un cambio exterior e interior en el Carmelo de Mataró, y no sólo en el propio interior de la hermana Cristina. Es lo que nos sigue explicando así en el texto de la conferencia anteriormente mencionada: «Esta primera etapa, en la que la comunidad todavía vivía totalmente anclada en las tradiciones “perennes” de hacía 400 años, la superficie de la vida ya se iba viendo rizada por el soplo del Espíritu Santo en el Concilio, como se riza la superficie de un lago con la brisa antes de que se forme una tempestad de tramontana que puede ser terrible en los lagos. Lo mismo ocurría también en mi interior. Precisamente aquello que consideraba “absoluto”, como el más gran tesoro que guardaba yo en mi corazón: la absoluta llamada amorosa de Dios, de ser suya, se veía tocada también por este leve susurro, “el aire delgado”, que iba a mover todo el edificio de nuestra comunidad, de la Iglesia y de mucha gente aun fuera de ella. La renovación conciliar abrió en mi interior el puente entre lo que había vivido antes de ser carmelita y lo que se tenía que desplegar más y más en la Iglesia y también en nuestras comunidades (...). La teología, lo poco que había leído antes de ser carmelita y la que encontraba en el Carmelo se iban a encontrar para seguir el camino juntas, ya bajo la nueva luz de una Iglesia renovada y abierta, con ventanas y puertas hacia el mundo, hacia el aire fresco y renovador que entraría por ellas»³.

En el año 1993 la Santa Sede aprobó la constitución de una federación de monasterios de carmelitas descalzas en Cataluña. Y, sin duda por sus muchas cualidades y bagaje humano y espiritual, Cristina fue elegida como primera presidenta de la naciente federación. Encomienda que se le renovó después en 1996 por otros tres años.

Más allá de los diferentes encargos de animación y gobierno que se le confiaron durante su vida, muchos de dentro y de fuera del mundo carmelitano la vieron en esas décadas como una referencia a tener en cuenta. Pero también, junto con los admiradores, tuvo sus detractores. De hecho, hay que reconocer que no faltaron aquellos y aquellas a los que siempre, o casi siempre, les pareció excesivo

³ *La fascinación...*, 169.

para una carmelita descalza la forma de actuar y de plantear la vida monástico-contemplativa de la hermana Cristina.

Los años de vida eremítica y solidaria

Por todo lo dicho anteriormente, para todos supuso, sin duda, como un aldabonazo el hecho de que Cristina planteara a su comunidad en el 2000 su deseo de abandonar el monasterio y la vida comunitaria y seguir un estilo de vida más solitario y eremítico. Esta nueva etapa la describió así ella en el 2005: «Hace tres años largos que vivo una experiencia de vida carmelitana nueva. Después de treinta y siete años en Mataró, y de acuerdo con las hermanas, inicié esta forma de vida. Es una soledad mayor, un silencio que comprende lo interior y lo exterior: casa, vecindad, relaciones, oración. Ahora, ya a una cierta distancia de los inicios. Veo claramente que ha sido una evolución armónica de toda mi vida carmelitana (...). Experimento, en un primer plano, con mayor intensidad mi llamada como mujer, íntimamente inmersa en el gran éxodo de la humanidad, en la travesía del desierto de la vida que todos hacemos, hacia la plenitud de nuestro destino, nuestra vuelta a la patria. Descubro que en la vida de comunidad una puede perder un tanto de vista esta responsabilidad, al vivir en un grupo bien organizado y con las tareas bien repartidas. Segundo plano: como cristiana. Aunque esté en plena comunión con la comunidad, me doy cuenta de la grandeza de vivir como cristiana, puesta sobre mis pies, sin el apoyo constante del ritmo y del ambiente comunitario. Al estar más íntimamente en contacto con la forma de vivir de la gente, me voy haciendo consciente de las fronteras entre vida religiosa y vida cristiana laica, fronteras que nos hacen gozar de privilegios, por una parte, y que nos quitan tal vez ocasión de radicalidad por otra. Tercer plano: como mujer contemplativa (...) es un momento de descubrir profundidades de la vocación de carmelita que me acercan a mi verdad personal como tal vez antes no había llegado (...). Hay una vivencia interior, muy interior que me dice: “ésta eres tú, así te he visto desde siempre”»⁴.

⁴ *La fascinación...*, 195-196.

En esos años, desde el 2001 que inició dicha experiencia y hasta la fecha de su muerte en el 2006, su casa eremitorio estuvo siempre abierta a ser compartida ocasionalmente sobre todo con otras hermanas carmelitas de la federación. De alguna manera podemos decir que la suya no era una vida eremítica en el sentido más estricto, sino que a ella le gustaba plantearla como una vida a la vez solitaria y solidaria: salir, comprar, tener contacto con la gente, hacer algún trabajo fuera de casa y por las casas. A parte de tener largos tiempos para orar, reflexionar, escribir, preparar los textos de las intervenciones que le pedían, etc.

A su vez, ella nunca perdió el contacto con su propio monasterio raíz, el de Mataró, al que acudía con cierta periodicidad. La enfermedad de cáncer de piel, que se le descubrió casi al inicio mismo de su experiencia eremítica, sin duda fue decisiva para que dichos contactos con su comunidad fueran más frecuentes de lo que se había pensado en un principio.

2. LA RENOVACIÓN DE LA VIDA CONSAGRADA

Como ya se ha podido ir viendo en lo dicho en el punto anterior, Cristina no sólo se sintió, personal y comunitariamente, inmersa en el clima de renovación conciliar y postconciliar de aquellos años tanto en la Iglesia en general como en la vida religiosa en particular. También, de alguna manera, en uno u otro de sus escritos de estos últimos veinte años de su vida ha ido expresando por dónde, en su opinión, había ido o tenía que ir la renovación impulsada por el concilio Vaticano II.

Un balance positivo

En una primera lectura de esos textos uno podría engañarse y pensar que ella está hablando sólo de la vida monástico-contemplativa. Pero, si se mira bien, aunque esta sea su principal referencia, y no tanto la vida apostólico/activa, como he venido indicando desde el comienzo de estas páginas, sus reflexiones son igualmente válidas

tanto para unas como para otras de las actuales formas de vida consagrada institucionalizada. Y esto porque en lo que ella insiste fundamentalmente es en la necesidad de no perder de vista la centralidad de Dios y de la vida evangélica, que no hay que dar demasiado por supuesto, ni se puede vivir a partir de las rentas del pasado.

Contempla aquellos años de renovación conciliar con mirada positiva y recuerda el entusiasmo que despertó en muchos: sobre todo aquel volver a las fuentes y a los fundadores. Pero también tiene presente el recelo que suscitó todo eso en otros muchos y la interpretación más estrecha del volver a la materialidad de los fundadores, que algunos pretendían imponer como el camino más evidente de fidelidad al propio carisma y a las propias esencias. En todo caso, podemos decir que para ella el balance de esas décadas es en general positivo, sobre todo por las metas y los logros que se han ido produciendo a lo largo de las mismas.

Elementos decisivos y claves para dicha renovación habrían sido, entre otros, el mismo concilio Vaticano II, que abrió las mentes y los corazones para desear y buscar un mejor conocimiento no sólo de la fe y de la Iglesia, sino también del mundo. Pero, sobre todo, lo que en opinión de Cristina tiene una importancia de primer orden es el acercamiento a la Biblia, a la Palabra de Dios. Así escribe: «La *información sobre el Concilio* fue tal vez el detonante para tener también algo más de *información sobre el mundo*, empezando por la sociedad concreta en que vivíamos (...). Pienso que fue precisamente la información eclesial la que nos abrió los ojos para la necesidad de una información general sobre el acontecer del mundo. Con la aparición de nombres de teólogos famosos, de visión para el futuro, siempre sobre el trasfondo de lo que el papa con el Concilio iban comunicando al mundo, se desató en la comunidad como primer interés de renovación el deseo de un *mayor conocimiento de la Biblia* (...). Pienso que el contacto con la Palabra de Dios ha sido el principal momento de cambio en los últimos cuarenta años para muchas de entre nosotras»⁵ (mujeres contemplativas, podríamos añadir).

⁵ *La fascinación...*, 174.

Una tarea todavía sin terminar

Por otra parte, para Cristina el camino de renovación interior y exterior de la vida consagrada hoy en la Iglesia no estaría, ni mucho menos, concluido. Haciendo una comparación entre lo vivido en los años de la así llamada renovación conciliar y los retos del presente, comenta, hablando a las carmelitas descalzas: «Contemplando aquellos años en nuestros Carmelos, se me antoja ahora verlos como que se iban acercando las olas de un mar inabarcable: la humanidad entera entrando en un momento histórico importante (...). Habíamos renovado nuestras leyes, habíamos quitado alguna reja, alguna costumbre anticuada, habíamos salido tímidamente a la sociedad, para ayudar a los familiares en apuros, para dar testimonio de nuestra vocación. Nos habíamos liberado de servidumbres para procurar nosotras mismas lo que hacía falta para la vida de comunidad. El aspecto externo de nuestros hábitos, de nuestras casas e iglesias había cambiado en muchos lugares. Pero ahora estamos otra vez delante de unos cambios nuevos, igualmente importantes y profundos. Hemos llegado para partir de nuevo. “Es tiempo de caminar” vale también para este momento concreto. La justicia en el mundo, la opción por la sobriedad en el trato con el planeta, el feminismo, la interculturalidad, el diálogo interreligioso, el sentido mismo de la vida consagrada, son temas y realidades que nos interpelan y nos llaman a nuevas partidas, a salir, “en una noche oscura”, de nuestras seguridades, apenas alcanzadas después del Concilio»⁶.

Vivir en lo esencial, sin apegos

A todos los retos antes mencionados, que pueden presentarse hoy más bien desde fuera para impulsarnos creativamente, habría que añadir, al menos en nuestro mundo occidental, otras dos realidades muy unidas entre sí: el envejecimiento de las comunidades y la falta de vocaciones. Ante este hecho innegable, viene a decirnos, se pueden dar dos actitudes fundamentales muy diferentes entre sí:

⁶ *La fascinación...*, 178-179.

o caer en la tentación de seguir y aguantar haciendo más o menos lo de siempre, o aprovechar positivamente este ocultamiento de la vida religiosa para seguir creciendo y caminando en lo esencial. Se pregunta: «¿Es posible una actitud positiva ante todo ello?». Y responde: «Creo que nos exige una gran voluntad de pensar a fondo nuestra situación personal. No podemos recurrir a los «remedios de toda la vida» ni a las recetas de siglos pasados. (...) No todas las doctrinas sobre la «noche oscura», tantas veces interpretada al margen del pensamiento del místico castellano, corresponden al camino que es Cristo. No todo lo que se predicaba como tomar su Cruz y seguir al Maestro (cf. Mt 16,24) es camino auténtico de perderse para hallarse en Cristo. Creo que el oscurecimiento, la pérdida de significación de nuestra vida para las sociedades occidentales, no es fruto únicamente de la superficialidad de nuestra cultura, sino también de la vivencia errónea, en muchos casos, del seguimiento de Cristo. Pero esto no nos exige de consentir conscientemente en «menguar», en quedar ocultos entrando en las “espesas” del misterio de Cristo donde se realiza la transformación nuestra y del mundo, “sin otra luz y guía, sino la que en el corazón ardía”»⁷.

En otra ocasión para explicar la situación actual por la que está pasando la vida religiosa en nuestro mundo occidental usó una imagen muy gráfica. Dice así: «Sé por experiencia propia y ajena que podemos enquistarnos en un ritmo de vida que hace la función de un andamio que aguanta una fachada detrás de la cual el edificio ha quedado totalmente vaciado, mientras la fachada se guarda como reliquia del pasado y es apreciada por todos. Creo que no es malo pasar por temporadas en que el edificio queda hueco, pero con la esperanza de reconstruir otra casa, tal vez con la fachada de antes, pero con las características de lo que pide el momento histórico para un edificio que realmente cumpla una función positiva (...). Lo que durante decenios de años nos ha servido para sentirnos útiles, realizadas, apreciadas (...) se puede revelar en un momento como algo sumamente precario»⁸.

⁷ *La transparencia...* (I), 214-215.

⁸ *La transparencia...* (I), 79.

3. LA VIDA CONSAGRADA COMO PROFECÍA

El término «profecía» creo no haberlo visto entre los habituales de Cristina Kaufmann: ni empleado en sentido general ni aplicado más propiamente a la vida consagrada. Sin embargo me parece muy apto para reagrupar muchas de las cosas que ella dice o sugiere sobre los caminos por los que, en su opinión, debe ir hoy la vida de los religiosos y consagrados⁹. Me detendré aquí sólo en tres de algunos de esos puntos más fundamentales. Haciendo antes una anotación previa, que puede ser de utilidad para comprender mejor este apartado de mi exposición.

Una anotación previa sobre un concepto fecundo

La condición profética debe ser propia de todo cristiano, pero también, y por lo mismo, de la vida consagrada. Indica no sólo deseo de amistad y familiaridad con Dios, sino también capacidad para hablar de Dios a los hombres de una forma profunda y verdadera.

En la exhortación postsinodal *Vita consecrata* de Juan Pablo II (1996) se dice a propósito del profetismo en la vida consagrada: «Los Padres sinodales han destacado el carácter profético de la vida consagrada, como *una forma de especial participación en la función profética de Cristo*, comunicada por el Espíritu Santo a todo el Pueblo de Dios. Es un profetismo inherente a la vida consagrada en cuanto tal, por el radical seguimiento de Jesús y la consiguiente entrega a la misión que la caracteriza. La función de signo, que el Concilio Vaticano II reconoce a la vida consagrada, se manifiesta en el testimonio profético de la primacía de Dios y de los valores evangélicos en la vida cristiana. En virtud de esta primacía no se puede anteponer nada al amor personal por Cristo y por los pobres en los que Él vive»¹⁰.

Después de recordar que a lo largo de la historia siempre ha habido hombres y mujeres que han puesto de relieve este carácter profético de la vida cristiana, de modo especial en la vida consa-

⁹ *La transparencia...* (I), 75-374.

¹⁰ *Vita Consecrata* 84.

grada, en dicho documento se pasa a describir las fuentes de donde nace el verdadero profetismo y cómo se manifiesta. Dice así: «*La verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado. El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad. También se manifiesta en la denuncia de todo aquello que contradice la voluntad de Dios y en el escudriñar nuevos caminos de actuación del Evangelio para la construcción del Reino de Dios*»¹¹.

Una vida que meta en Dios y hable de Dios

La hermana Cristina suele poner de relieve, sin duda por su vocación contemplativa y monástica, que la vida religiosa y la vida consagrada hoy debe ser fundamentalmente un camino o estilo de vida que ponga, o sea capaz de poner, al hombre en Dios, y que, por otra parte, proclame o hable de Dios no sólo con las palabras, sino también, y sobre todo, con los hechos, con el simple vivir o modo de vida. De alguna manera habría que decir que nuestro mundo estaría hoy más necesitado de verdaderos profetas, que nos guíen en la fidelidad y amistad con Dios, que de fidelidad mimética a formas y estilos heredados del pasado.

Esto hace que ella plantee, nos plantee, en muchos momentos el valor o la importancia de las formas y estructuras heredadas de un pasado más o menos remoto, o más o menos cercano. Estas, sin duda, se necesitan, pero tendrían que vivirse de forma ciertamente muy creativa, conscientes de su función subsidiaria, y sin absolutizarlas nunca.

En este sentido, comentando la Regla de vida de los Carmelitas, nos ofrece unas interesantes reflexiones sobre la centralidad del

¹¹ *Vita Consecrata* 84.

vivir en obsequio de Jesucristo como criterio último de toda forma de vida cristiana y consagrada.

«Antes de ser cuestión de formas y normas —escribe Cristina Kaufmann— de leyes y costumbres, es una cuestión de mística. Y vuelvo de nuevo a la frase inicial: “Vivir en obsequio de Jesucristo, sirviéndole lealmente con corazón puro y buena conciencia” (Regla 2). Esta frase es como una llamada a cada comunidad para recogerse después de tantos años de reformas, renovación, adaptación, tanteo quizá, a lo fundamental, al “interior del castillo”. Se trataría de reconocer al Señor en la realidad que ahora nos circunda y nos constituye (...). Volver nuestros ojos a Cristo (...). Desde ahí nos vendrá la mirada clara y vivificadora sobre lo que nos toca hacer en cada caso. Jesús, conocido dentro de cada una, este Jesús que hoy sufre y lucha en la pobreza, en la injusticia del mundo, este Jesús que hoy reconocemos en el rostro ensangrentado de la humanidad, este Jesús que tiene su rostro de Hijo de Dios dibujado en nuestro interior y nos llama con el silbo delgado del amor (...). Él nos ha llamado a una vida de amor con Él (...) que cantan nuestros místicos y en la que nosotras podemos, debemos, participar, pero todo ello dentro de nuestro mundo, en nuestra realidad compleja, concretísima, de cada persona o cada comunidad»¹².

Cuando los estilos de vida y las estructuras comienzan a no servir nítida y claramente para meternos en Dios y para proclamar a Dios en nuestro mundo, habría que estar dispuestos a dejarlos por otros modos y maneras. Y, en todo caso, estar en actitud de búsqueda continua de los modos y maneras que mejor puedan proclamar a Dios y llevar a Dios; a la experiencia de Dios al hombre de hoy.

Esto, en su opinión, debería pasar no tanto por el alejamiento de los hombres de nuestro tiempo, sino más bien por una inmersión kenótica en las realidades más profundas de nuestro mundo, de las que no tendrían que estar ajenas ni siquiera las formas de vida más

¹² *La fascinación...*, 214-215. No se puede olvidar que, junto con este vivir en obsequio de Jesucristo, que es un tema algo recurrente en la hermana Cristina, ésta dedica también algunas páginas interesantes a María como modelo inspirador de la vida consagrada y de la vida contemplativa: cf. C. KAUFMANN, *El rostro femenino de Dios*, Bilbao, DDB, 1996, 65-75; *La transparencia...* (I), 51-73.

contemplativas. La misión sería fundamentalmente la de «permanecer al lado de los otros creyentes, sin más intención que estar con ellos como hermanos y hermanas. (Algo que tendría mucho) que ver con la vivencia profunda de la pobreza evangélica»¹³.

Pero la vida religiosa no sólo tendría que sentir la pasión por los más cercanos, los creyentes, sino también por los considerados como «los de fuera». Esto la hermana Cristina lo sentía como algo muy unido a su propia experiencia y vocación. De hecho, afirma: «Comprendí que “los de fuera” no estaban fuera del amor y que el amor es todo. Y me pareció que mi camino “dentro”, desde la fe en Cristo, sería un camino para y con los de “fuera”. Mi “apostolado” consistiría en “no hacer apostolado”, sino en vivir de tal manera que los de “fuera” pudieran comprender que nada nos separa realmente, que el amor siempre nos une y nos abre al Misterio que nos hace vivir»¹⁴.

La hermana Cristina presentó de una forma bastante sistemática su pensamiento en torno a estos temas en un largo artículo publicado en el 2005 y titulado «Experiencia de Dios y vida consagrada: “el Dios escondido”». Desde el principio subraya la importancia de esta dimensión que podríamos llamar más mística de la vida consagrada, y, al mismo tiempo, solidaria con la realidad de la humanidad. Dice: «Me parece que la experiencia de Dios va absolutamente unida a todo lo que podamos “crear” de novedad en la vida consagrada. Sin la hondura —que tendrá un rostro muy distinto de lo estereotipado— de una profunda vida interior, seremos incapaces de crear algo nuevo, o mejor dicho: que Dios lo “haga todo nuevo” a través de nosotros»¹⁵. Y ya al final: «El camino de la experiencia de Dios en el servicio al mundo es una creciente conciencia de participar del Espíritu de Jesús derramado desde la Cruz sobre toda la creación. Cuando me recojo en mi interior, se abre el espacio infinito del ser, como verdad de amor, donde hallo a Jesús que vive el Misterio divino en mí y consiento en esta presencia y en esta En-

¹³ *La transparencia...* (I), 352. En otro momento, hablando en un congreso de mística en Alemania en el 2003 sobre la mística de santa Teresa y su vivencia hoy, dedica un punto al «camino que va de la soledad y el silencio a la plaza pública, “al mercado”, el camino de la compasión y de la comunión con los hermanos y hermanas del mundo» [cf. *La transparencia...* (II), 72-79].

¹⁴ *La transparencia...* (I), 353.

¹⁵ *La transparencia...* (I), 193.

carnación y me sé enviada a “dar testimonio de la verdad” (Jn 5,33) (...) Callar a Dios para poder hablar de Dios; callar nuestros discursos repetitivos y que no dicen a la gente, discursos de formas de vida que ya no son inteligibles a la mayoría, teorías piadosas que repetimos pero ni siquiera para nosotros nos sirven en lo concreto de cada día (...). Que nuestro estilo de vida consagrada haga sospechar al mundo que hay un Dios escondido presente, que nuestra vida dé testimonio de que revelación y ocultamiento no se excluyen, sino que se unen en la Encarnación en el Hombre Jesús, en el Cristo de Dios»¹⁶.

Mayor variedad de formas de vida contemplativas y monásticas

Cristina Kaufmann sueña con la posibilidad de que, en un futuro inmediato, las distintas familias tradicionales de vida contemplativa y monástica se abran a nuevos modos de ser vividas, sin tener por eso mismo que pasar a constituir una realidad anímica y espiritual diferente. Comenta dirigiéndose a un grupo de contemplativas: «Estoy convencida de que tenemos que salir de nuestras estructuras de vida comunitaria. Todo el peso de la clausura material como la hemos ido viviendo sustancialmente hasta hoy y la seguimos viviendo en muchos aspectos, ya no tiene el monopolio de ser la única forma de vida comunitaria que salvaguarde y alimente la oración interior, la amistad con Dios y entre nosotras. Sigo afirmando que tenemos que abrirnos a una variedad en la comunión (...). Las estructuras jurídicas no deberían impedirlo. Entonces se podría proyectar qué tipos de comunidad podemos acoger, según las personas que las formamos, según lo que el Espíritu nos dice a través de cada una de nosotras, a través de lo que la sociedad busca y nos sugiere en las situaciones concretas»¹⁷.

Esta variedad, según ella, podría ahora mismo ya plantearse, por ejemplo, de la siguiente manera: *a*) comunidades de tipo tradicional, más o menos como las que existen ahora; *b*) comunidades más pequeñas, de tres o cuatro hermanas, con pocas estructu-

¹⁶ *La transparencia...* (I), 218-220.

¹⁷ *La fascinación...*, 199.

ras, en ciudades grandes; *c*) casas con carácter más eremítico, para tiempos fuertes de soledad y silencio; *d*) casas inter-contemplativas para compartir el carisma monástico y cuidar a las personas mayores y enfermas; *e*) acogida en algunas de estas diferentes casas y comunidades de personas, mujeres en su caso, que deseen hacer una experiencia intensa de oración, silencio por un tiempo, pero sin vincularse jurídicamente con votos, y sin cualquier otro tipo de estructuras jurídicas, etc.¹⁸.

Hablando más en concreto de las casas organizadas para acoger en la vida monástica a las personas consagradas ya ancianas y enfermas, escribe: «Yo veo como sueño un monasterio, con capacidades en todos los sentidos, en donde la gente pueda ver o intuir el misterio de la vocación monástica, vivida hasta el final con paz y luz que ilumina al mundo que camina a oscuras»¹⁹.

Por lo demás, para ella el actual redescubrimiento de la necesidad y el valor de la interioridad contemplativa y el silencio no tiene por qué ser incompatible con lo que hoy también se siente como una exigencia de nuestro mundo: la comunicación, el comunicarse. Es más, esto, como indiqué más arriba, casi tendría que ser una de las características propias de una vida consagrada verdaderamente enraizada en la experiencia de Dios²⁰.

Hombres y mujeres

En la exhortación postsinodal *Vita consecrata* de Juan Pablo II, sin duda queriendo de alguna manera no hablar de una vida consagrada abstracta sino concreta, al tratar de unos u otros temas, se hace referencia explícitamente con cierta frecuencia a los «hombres y mujeres» que, tanto en el pasado como en el presente, han sentido la llamada a seguir dicho camino dentro de la Iglesia de Dios.

La vida consagrada en la Iglesia está formada tanto por hombres como por mujeres que sienten, o han de sentir, que esta forma de vida en la Iglesia necesita de los unos y de las otras para ser ver-

¹⁸ Cf. *La fascinación...*, 199-200.

¹⁹ *La fascinación...*, 200.

²⁰ Cf. *El rostro femenino...*, 92-109 y 123-141.

daderamente profética en nuestro mundo. No bastarían, además, las aportaciones sólo de los hombres o sólo de las mujeres. Se necesitan, hoy más que nunca, las aportaciones tanto de los llamados como de las llamadas a la vida consagrada.

La feminidad puede parecer un tema menor en Cristina Kaufmann, pero no es así. Es, sin duda, una de sus preocupaciones casi constantes. Sobre todo el tema de la formación de la mujer consagrada²¹. Y el de la mayor apertura por parte de todos a las posibles aportaciones de la mujer consagrada sobre su propio carisma y vocación, lo mismo que sobre la vida consagrada en general. Pero lo ideal para ella sería llegar a un estadio tal en el que hombres y mujeres, consagrados y consagradas, codo a codo, fueran capaces de reflexionar juntos, de mirar juntos a Dios y a nuestro propio mundo.

En el otoño de 1995 fui testigo del gozo positivo que había supuesto para ella la carta escrita por Juan Pablo II a las mujeres unos meses antes (junio de 1995). Precisamente sobre dicha carta nos ha dejado unas breves, y contenidas, reflexiones²².

Años después, en el 2000, escribirá Cristina: «Hace unos años que he expresado repetidamente el deseo, la necesidad hondamente sentida, de “sentarnos a una misma mesa” frailes y monjas para leer y comentar las obras de nuestros santos, para compartir nuestra experiencia real, existencial de vivir el mismo carisma, sin sentirnos separados por “categorías” o fronteras que no son más que elementos culturales que pueden ser superados»²³.

Unos años después, en el 2005, completa esta idea suya de la siguiente manera: «Nunca agradeceremos bastante a los estudiosos, hermanos nuestros en la orden que dedicaron toda su vida al estudio (...) para poder enriquecernos a todos de los tesoros todavía escondidos hasta entonces. Este proceso que empezó en los últimos años sesenta y en los primeros de los setenta, no está concluido en absoluto. Lo de entonces fue como un primer desbrozar del camino para que pudiéramos avanzar con más libertad de movimiento por las sendas del Espíritu. Lo que entonces era un despertar entusiasta (...)

²¹ Cf. *La transparencia...* (II), Barcelona, Editorial Claret, 2008, 67-72.

²² Cf. «Reflexión sobre la carta del Papa Juan Pablo II a las mujeres», en *La transparencia...* (I), 371-374.

²³ *La fascinación...*, 223.

llega hoy a la necesidad y obligación de una formación sistemática y sapiencial (...). Nosotras tenemos que tener las mismas oportunidades de llegar a ser especialistas en el conocimientos de los Santos Padres (del Carmelo), al mismo nivel que nuestros hermanos. Lo que esto significará en la práctica para las comunidades, se puede atisbar desde lejos»²⁴.

En este sentido la hermana Cristina, en el fondo, estaba más en sintonía con las enseñanzas recientes de la Iglesia que otras muchas mujeres y hombres consagrados contemporáneos suyos. Así, por ejemplo, en la anteriormente mencionada exhortación postsinodal *Vita Consecrata* (1996), escribió el papa Juan Pablo II: «Es obligado reconocer igualmente que la nueva conciencia femenina ayuda también a los hombres a revisar sus esquemas mentales, su manera de autocomprenderse, de situarse en la historia e interpretarla, y de organizar la vida social, política, económica, religiosa y eclesial (...). En este contexto, la mujer consagrada, a partir de su experiencia de Iglesia y de mujer en la Iglesia, puede contribuir a eliminar ciertas visiones unilaterales, que no se ajustan al pleno reconocimiento de su dignidad, de su aportación específica a la vida y a la acción pastoral y misionera de la Iglesia. Por ello es legítimo que la mujer consagrada aspire a ver reconocida más claramente su identidad, su capacidad, su misión y su responsabilidad, tanto en la conciencia eclesial como en la vida cotidiana»²⁵. Y, un poco más adelante, añade: «Se puede pensar que una formación más profunda, a la vez que ayudará a la mujer consagrada a comprender mejor los propios dones, será un estímulo para la necesaria reciprocidad en el seno de la Iglesia»²⁶.

²⁴ *La fascinación...*, 175-176.

²⁵ *Vita Consecrata* 57.

²⁶ *Vita Consecrata* 58.